

SEBASTIÁN, COMPAÑERO NUESTRO

● Aunque lo quisiera, no podría hablar de Sebastián Salazar Bondy en tono impersonal, analizando su obra. Porque lo quería; porque él era muy superior a su obra, y en ella, tan variada, tan repentinista, tan ardiente, no estaba más que una parte de él. Quizás el entusiasmo que generara su Lima horrible se debería, no sólo a la excelencia del ensayo, sino a que ahí, por primera vez, se tocaba casi íntegra su personalidad. Algo de eso era que señaló Vargas Llosa en el comentario que en su MARCHA le dedicara, y ahora que injustamente se nos ha muerto cuando lo veíamos en su madurez promisor, es él y todas sus potencias creadoras y sus condiciones intelectuales las que nos hacen falta. Y ese no lo reemplaza la obra que nos deja.

ESCRIBE en él por décima vez a un compañero en un artículo que apareció en *Genova* y lo vi actuar, tras luego, seguro en una ardiente sesión de congresos, en una sala de club de instituto peruano, donde esa toda la vez su fe en una sociedad de americanistas, en una cultura hispanoamericana, en una patria que a él le podía estar y no sólo a pocas decenas oligárquicas. En un momento de las dificultades que nacen — y él los tuvo mayores que nadie — de morirse en su país, él decía: "No me voy a ir. Porque no le dejó nada de decir: la vida, me enseñó lo que quiero, y han tenido que respetar por fin".

Morir sin leven, cuando acababa de iniciar una larga batalla, cuando debidamente habían terminado por repetirse, en un medio mucho más duro y solitario que el del Plata. Imposible enumerar los oficios que la sociedad le impuso a este poeta delicado y sutil. En vez de quejarse, como Machado le esperó apretando los dientes y a vivir en todo tipo de actividades no desaprovechando ninguna oportunidad para hacer su obra, poner sus libros y conocimientos a disposición de los demás y sin trazar jamás en su oración: En nuestra América — es bien sabido — basta un poco de lucidez, una ligera curva del eslogan que los grupos dominantes sacan de beneficios a los jóvenes talentos, disponer a poner ese talento al servicio de las oligarquías y los grupos parásitos, representatividad, seriedad, artículos enciclopédicos y similares. Todo lo pudo haber tenido Sebastián. En cambio prefirió vivir a la altura mal despreciada en el mundo, viviendo el periodismo, los libros editados, escribiendo sus libros, y en los días de su vida, perteneciendo a día a día su pan cotidiano.

En un mundo que es el paradigma del imperialismo, de esa piratería de la fuerza de trabajo y de servicios que se vende a la independencia, es esa la personalidad del escritor a la hora americana. Sin ajeno a la hora americana, tras ajeno a la hora europea o norteamericana, tan diferente como es una obra artística. Así pero, a modo de compensación, está más cerca de la verdad la obra de su pueblo, de la autentica dimensión del hombre vivida. Ese mundo. Una doble línea delimitada de su nacionalidad peruana, ese mundo que está en esos escritores que pertenecen a una sociedad escasa. La historia hoy en conquistaciones y en luchas, y por lo tanto una buena parte del indio y sus derechos; y una parte de la otra, ligada íntimamente por buscar el subdesarrollo cultural y trasladar su país al concierto mundial del mundo moderno. Los malos combates pueden dar testimonio de los libros. La escrupulosidad del autor de memoria, a pedida raíz, a modo de ensayo sobre la realidad. En un mundo de la guerra y de las ideologías peruanas (Rogel Pineda, de Niter, su hermano Augusto Salazar Bondy) una diagnosis clara, acuta,



dibujo de CENTURION

ta, del Perú, de su hora presente, de su destino histórico. Y Lima la horrible donde él vivió con furia y sufrimiento, lo historia de su país, en esta urgente tarea de demitización, que cabe a todo intelectual responsable. Creo que recién a partir de esos libros se puede encasar un entendimiento veraz de algo más que el Perú, yo diría de todo el Tahuantinsuyo y de su imminente futura. Por esos libros, por sus innumerales artículos que bien conocen los lectores de MARCHA, se le denegó el visado para entrar a los Estados Unidos, peor aún, para entrar a la tierra hispanica de Puerto Rico. Una de las últimas cartas de Sebastián se refería al artículo que en una revista americana yo consagrara a su Lima la horrible, y esa carta, mi artículo, su muerte, se me entreveían ahora que leo que lo han velado en la Casa de la Cultura de Lima. Porque

en esa la vivió con él y de ella habló en el comentario de su libro. "Somos en busca de Arguedas a la Casa de la cultura, "dijeron mis amigos que me esperaban por aquí. Me cuesta entrar" dijo de pronto con brusco movimiento de su cara de cholo, afilada como navaja, con ese gesto de arisca rebeldía que define su situación en la vida y en la realidad de su país. La antigua casa — la "casita" hubiera dicho Palma — había sido reconstruida en su arcaico sabor colonial: los muebles barrocos, los artesanos, las lámparas suntuosas, las lujas del patio y las columnas de pobretona alusión a fastos virreinales, las imágenes sacras del torpe, hermoso arte indígena, los marfiles bordados. Tonia su dulce gracia criolla. "¿Qué te molestas?" "¿Dónde está el indio? Esta es la casa de los conquistadores, no es la casa de los peruanos. Se lo he dicho a Arguedas. ¿Cómo él, justamente él puede soportar entrar aquí todos los días?" Yo sabía que Arguedas proyectaba un gran viaje al indio peruano. Se lo dije. "Siempre separado, aislado, pero que me contagie, ¿qué? Esto no es la casa de la cultura peruana. Esta cultura, le grande, la hicieron los indios. Esta es la satisfacción cultural."

"Yo le había traído de México un ejemplar de su Lima la horrible que acababa de salir, temiendo que no le hubiera llegado, y esa fue mi lectura en el avión y en mis días limeños. Para mí también Lima era horrible, pero por otras circunstancias, no demasiado similares de las que motivan ese título que Sebastián ha sacado de un poema de César Moro. Por la atrocidad de una miseria que rodea, penetra y estruja a la ciudad, estruja el corazón de quienes presencian contrastando el esplendor de los portales barrocos, el hacinamiento de barriadas y más barriadas de casas de esteras, pobladas de los indios harapientos, hambrientos, desahuciados que mendigan sin cesar. Atrocidad suficiente como para que un día ida y yo reconvieramos que no podíamos soportar más nuestro desajuste en la plaza central contemplados por el desfile de niños mendicantes, y partidarios. Podíamos hacerlo: Sebastián quedaba con ellos, entre ellos, viéndolos

todos los días, mordiéndose el freno de su rabia. De esa rabia, que corroe la esquelera, mestizca con que una sociedad escamotea la realidad, ha nacido este libro fulgurante, al polvo de su autor e alto su glicifión por ella) que yo no puedo leer sin emoción muy íntima, porque se me ciñaba al rostro de Sebastián, a su soterrada ternura, a su piedad diaria, a las callas secas de Lima, a los retrablos barrocos, a los convencionales balcones, cerrados, a su amargura, al mundo, al polvo de la miseria, al lujo de una alta sociedad que traelada sin cesar sus ricas casas alejándose siempre más de ese indio menesteroso que revuelve en los tarros de desperdicios y mira impavido, que está vinculado también al destierro, al aislamiento de las telas de los parques, de los vasos nacidos o mochiados, de la cetrería antigua, de ese esplendor que en los museos nos permite recrear la presencia, intensamente vivida, sosegada, fresca, inventiva, de un pueblo que ha sido sometido pero no destruido, porque es el de los ayllus que describió magistralmente José María Arguedas."

El ensayo concluía con una evocación que no puedo leer sin emoción del corazón:

"La renovación, el fin" dijo Eliseo Reclus cuando a su lecho de muerte vinieron a traerle la noticia de la Injuración peruana de 1905. Sin perder la esperanza había vivido. Y a mí me im, porta, de este libro, lo que tiene de esperanza porque sé, como dice la voz popular, que "el que espera desespera", y en esta desesperación de Sebastián yo leo más esperanza — y más amor a Lima — de la que el mismo confesara... Un libro de estos dice la esperanza — es el anuncio de las nuevas cosas que paran, que se avencian. Las verdades. Las vemos nosotros mismos. Sebastián."

No las verá, para para ellas vivió, no sólo para esperanzas, sino para crear, las. Y mientras lo veían en Lima y mientras, ahora que está muerto, los grandes diáscios limeños pueden con tranquilidad decirle alabanzas, en la sierra peruana ha estudiado de nuevo la guerrilla a la vez se refuerza lúdicamente en el último número de MARCHA. Yo diría que es en esa sierra donde auténticamente se ve, como aquí, en este momento que fue suya, porque esta fue su casa por largos años, fue nuestro compañero de pelea, es muy verdad que se nos ha ido cuando más falta nos hacía.